

(. . .) A PARTIR DE la década de 1980, el péndulo político oscilante entre democracia y autoritarismo, que durante mucho tiempo fue el obstáculo para el desarrollo político y económico sostenido del país, volvió a balancearse hacia el lado de la democratización. Se desmanteló el Estado velasquista, reformas neoliberales de mercado reemplazaron el intervencionismo gubernamental y el Perú se lanzó de lleno a una era de crisis de la deuda y declinación socioeconómica general dentro del contexto más amplio de la globalización. En esa coyuntura, Sendero Luminoso, tras rechazar la decisión de la izquierda de retornar a la política electoral, resolvió declarar su guerra de guerrillas para derribar lo que a su juicio era un Estado democrático débil, corrupto y vacilante.

Abimael Guzmán, fundador del movimiento, había optado en un principio por la facción Bandera Roja, de obediencia pekinesa, luego de la escisión chino soviética de 1964. Poco después viajó a la China de Mao, donde se empapó de las doctrinas y tácticas de la “guerra popular”. Regresó al Perú en 1967 y trabajó los años siguientes como profesor de filosofía en la Universidad de Huamanga en Ayacucho, donde adoctrinó y organizó a los estudiantes según su propia versión extrema del maoísmo y avanzó en la construcción del partido, fundado en 1970. Durante el período de reformas implementadas por los militares en la década de 1970 y la ulterior transición a la democracia de la década siguiente, la izquierda peruana había abandonado en gran parte el camino revolucionario violento y ponía sus esfuerzos en la

organización política. Guzmán era virtualmente el único representante de esa tendencia que propiciaba la violencia a través de la guerra popular revolucionaria. Tras la muerte de Mao y el ascenso del revisionismo chino encabezado por Deng Xiaoping en 1980, el líder de Sendero Luminoso se arrogó el título de Cuarta Espada del Comunismo Mundial (las otras tres eran Marx, Lenin y Mao).

Sendero Luminoso decidió iniciar su guerra del pueblo en los remotos, olvidados y atrasados departamentos de la zona sur de la sierra, donde la pobreza oprimiente había profundizado la ira y el resentimiento de los campesinos. Según lo sostenido por McClintock, los indicadores de pobreza muestran que la población de esa región “ganaba mucho menos, moría mucho más joven y tenía mucho menos probabilidades de estar alfabetizada o disfrutar de servicios elementales como agua potable y asistencia médica”.⁵⁵ En Ayacucho, el analfabetismo ascendía al 68,5%; el índice de mortalidad infantil era del 12,8%, el más alto del mundo, y la expectativa de vida promedio apenas llegaba a los 51 años, una de las más bajas. Allí y en otros lugares de la región, los campesinos desaventajados también enfrentaron una grave crisis de subsistencia entre fines de la década de 1970 y comienzos de la década siguiente.⁵⁶ Por ejemplo, los precios recibidos por los productores cayeron, en promedio, un asombroso 15% por año entre 1970 y 1988. Al mismo tiempo, el Banco Mundial estimaba que el consumo calórico per capita en la sierra había caído de 2.085 calorías

⁵⁵ Cynthia McClintock. *Revolutionary Movements in Latin America: El Salvador's FMLN and Peru's Shining Path*. Washington: United States Institute of Peace Press, 1998, p. 172.

⁵⁶ William P. Mitchell. *Peasants on the Edge: Crop, Cult, and Crisis in the Andes*. Austin: University of Texas Press, 1991.

por día en 1972 a 1.971 calorías en 1980 (la recomendación generalmente aceptada es de 2.400). En algunas zonas del sur del altiplano las condiciones se acercaban a los niveles de la hambruna, con un ínfimo consumo de unas 420 calorías diarias.

Durante la década de 1960 un rayo de esperanza había iluminado Ayacucho cuando el primer gobierno de Belaúnde (1963-1968) reabrió la Universidad de Huamanga e inyectó fondos para ampliar la matriculación, que aumentó veinte veces a lo largo de las dos décadas siguientes. Sin embargo, las crecientes expectativas de una vida mejor, suscitadas en la juventud rural del departamento (la primera generación de familias campesinas que cursaba estudios universitarios) se desvanecían tras la graduación, ante los obstáculos para incorporarse a un endeble mercado laboral. Sendero Luminoso adecuó con éxito a esta población de campesinos jóvenes de las comunidades indígenas del departamento su estrategia de reclutamiento implementada en las décadas de 1970 y 1980.

A juicio de Deborah Poole, el líder del grupo, Abimael Guzmán, hizo una lectura notablemente singular de esas circunstancias y de la historia peruana en general. Desde su punto de vista, Guzmán –profesor de filosofía en la Universidad de Huamanga, como ya dijimos– tomó su concepción de la historia y la lucha armada de dos tradiciones histórico filosóficas: la insurrección antiestatal de la Revolución Francesa y las filosofías racionalistas de la Ilustración europea. Con estas dos líneas de pensamiento el líder de Sendero Luminoso construyó un programa radical de tinte jacobino y una cosmovisión totalitaria que privilegiaba la violencia, y aplicó estas ideas a la sociedad andina, donde la violencia social y política formaba parte de la vida y el trabajo cotidianos. Para

Guzmán, la violencia era algo más que un rasgo coyuntural o episódico de la historia peruana. En 1989 escribió lo siguiente:

La violencia está inscripta en la esencia de nuestra historia. El conquistador la utilizó para someter estas tierras y ponerlas bajo la dominación colonial; Túpac Amaru la desencadenó en defensa de los derechos y demandas que movilizaron a cientos de miles de campesinos indígenas, y ayer y hoy la violencia es el medio habitual del campesinado en su lucha inconclusa por “la tierra para quienes la trabajan”. La violencia está en los siglos de historia de nuestra sociedad, y principalmente en la de los campesinos que siguen combatiendo al Estado terrateniente burocrático [y] sobre todo al gamonalismo, que es su base y su sustancia.⁵⁷

En esta visión, la violencia es la “ley universal” de la historia peruana. Y era ella, y no el nacionalismo o la reivindicación étnica, la que en la concepción de Guzmán constituía el vínculo entre Sendero Luminoso y las masas. Volvamos al análisis de Poole: “La lectura de la historia peruana hecha por Guzmán hace hincapié en la violencia, que ha sido un elemento, no tanto de la agencia histórica campesina como de los gamonales andinos y las elites provinciales, de cuyas filas provienen los líderes y muchos de los cuadros de Sendero”.⁵⁸

En el mismo momento en que Sendero Luminoso lanzaba su campaña de violencia contra el nuevo Estado democrático, Perú se hundía en una de las peores y más duraderas crisis económicas de su historia. El producto bruto interno per capita, que en promedio había crecido un 2,5% por año en la década de 1960, subió apenas un 0,9% en el decenio siguiente y sufrió una abrupta caída del 3,2% en la década del ochenta. De resultas, el ingreso per capita disminuyó alrededor del

⁵⁷ Abimael Guzmán, citado en Deborah Poole (comp.), *Unruly Order: Violence, Power, and Cultural Identity in the High Provinces of Southern Peru*. Boulder: Westview Press, 1994, p. 97.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 261.

25% entre 1971 y 1989. Como en la década del 70 el país había septuplicado su deuda externa para financiar las reformas de Velasco, en 1984 se vio obligado a declarar el *default*.

De manera concurrente, la desocupación, la subocupación y la economía informal crecieron de manera desmesurada mientras los salarios reales se desplomaban. A decir verdad, cayeron de manera tan dramática, incluido el salario mínimo, que el Perú no tardó en ubicarse en el último lugar entre diecinueve países latinoamericanos considerados según esta categoría estadística. Hacia 1989, cuando la hiperinflación alcanzaba un pasmoso 7,5% diario, el 54% de la población había caído por debajo de la línea de la pobreza, calculada en dos dólares por día. En Lima, cuya población también había crecido enormemente, pasando de un millón seiscientos mil habitantes en 1961 a seis millones cuatrocientos mil en 1990, los índices de desocupación más subocupación (definida como el empleo inadecuado) llegaron a un disparatado 94% en 1990. Por esa época, entre el 20 y el 50% de los limeños, sobre todo los residentes en el vasto arco de villas de emergencia que rodeaban la capital, comían habitualmente en ollas populares barriales por unos 25 centavos de dólar.⁵⁹ En suma, el desempeño económico del Perú durante la “década perdida”, particularmente entre 1985 y 1990, bien puede considerarse como el peor de la historia moderna.

Ese funcionamiento lamentable de la economía tuvo un impacto especialmente devastador en las expectativas y el destino de la población estudiantil del país, que había experimentado un notable

⁵⁹ Datos estadísticos tomados de Cynthia McClintock. *Revolutionary Movements in Latin America: El Salvador's FMLN and Peru's Shining Path*. Washington: United States Institute of Peace Press, 1998, capítulo 4.

crecimiento en las últimas décadas. En efecto, desde 1960 hasta 1980 su número se multiplicó por ocho. Incapaces de encontrar trabajo, ya fuera profesional o de otro tipo, muchos estudiantes respondieron a los cantos de sirena de Sendero Luminoso o su competidor, el MRTA. Por otra parte, hacia mediados de la década de 1980, SL, gracias a los ingresos obtenidos con la droga en el Huallaga superior, era tal vez uno de los movimientos guerrilleros más ricos del mundo: rivalizaba con sus similares de Colombia y podía, por lo tanto, dar a sus reclutas un pago relativamente generoso en comparación con los miserables ingresos del resto de la población.

En este contexto global de derrumbe socioeconómico, Sendero Luminoso lanzó su campaña de violencia, intimidación y terror. Tras algunas vacilaciones iniciales, el Estado contraatacó con su propio terror, extendidas violaciones de los derechos humanos y violencia sin freno. Las masacres perpetradas por ambos bandos se convirtieron en un lugar común; un ejemplo es la antes mencionada, cometida en 1985 en Accomarca, departamento de Ayacucho, donde una patrulla del ejército mató sin hacer distinción alguna a sesenta y nueve hombres, mujeres y niños. Más adelante, el oficial al mando del grupo justificó la matanza con el argumento de que Sendero Luminoso reclutaba y adoctrinaba incluso a niños de cuatro y cinco años para llevar a cabo sus crímenes. La población civil, atrapada entre el fuego cruzado de estas dos fuerzas, sufrió el grueso de las bajas, una característica habitual en las guerras irregulares del siglo XX.

La raza tenía un papel importante en esos incidentes, dado que los reclutas de la costa estaban impregnados de las mismas actitudes hacia los indígenas que habían imperado sin oposición entre los limeños y las

elites a lo largo de los siglos. ¿Mostraba el episodio de Accomarca alguna diferencia con el arrasamiento de aldeas indias un siglo antes, cuando el ejército reprimió la insurrección de Atusparia? ¿O, para el caso, con lo ocurrido dos siglos atrás en los sucesos de la Gran Rebelión? En rigor de verdad, el momento fundador del Perú colonial durante la conquista exhibió un comportamiento similar, condenado por el primer defensor de los derechos humanos que tuvo América, Bartolomé de Las Casas.

Este y otros tipos de violencia ya no se ven como fuerzas meramente destructivas o “antisociales”, sino, antes bien, como productoras del propio orden social. La idea tiene su mejor ilustración en la duradera y arraigada violencia manifestada en el funcionamiento societal del gamonalismo, que, como hemos visto, reinó sin rivales en la zona sur de la sierra desde la Independencia.

De hecho, es posible que las actitudes racistas hayan sido promovidas de manera sistemática en las Fuerzas Armadas con el objeto de deshumanizar a un enemigo revolucionario a quien se suponía protegido o reivindicado por grandes sectores del campesinado de lengua quechua. Deborah Poole sostiene que la campaña antiterrorista de Fujimori adoptó la victimización arbitraria (definida en términos raciales) del campesinado como una respuesta al acelerado derrumbe de la economía y el Estado. Se trataba de un intento fascista de unificar la nación bajo su régimen autocrático a través del mecanismo del terror estatal colectivo, apuntado a desmovilizar al pueblo peruano en su conjunto.⁶⁰ Por lo demás, la táctica de utilizar el racismo para ejercer el

⁶⁰ Deborah Poole (comp.), *Unruly Order: Violence, Power, and Cultural Identity in the High Provinces of Southern Peru*. Boulder: Westview Press, 1994, p. 266.

poder y el control social no era novedosa. Formaba parte del proyecto liberal de construcción del Estado nacional que se remontaba a la fundación de la República, es decir, a la génesis del gamonalismo como mecanismo de mediación entre el Estado y el populacho.

FICHA BIBLIOGRÁFICA

KLAREN, P. (2003). *El tiempo del miedo*. pp. 33-39. Versión revisada, en español, de *The times of Troubles (1980-2000) Modern Violence and the Long Sweep of Peruvian History*, trabajo presentado en el taller “Historizando un pasado reciente y problemático: Argentina, Chile, Perú”. Institute for Latin American Studies. (ILAS). Londres: 16 y 17 de octubre de 2003. 54 págs.